

Opinions ajenas

Agrarios y Fabricantes.

Falta la voz del pueblo

El Gobierno ha nombrado una Comisión especial para el estudio de las industrias nacionales, con el fin de favorecer la exportación de sus productos. Esta determinación ha sido adoptada en gracia á los requerimientos de protección de los industriales catalanes. Pero éstos han respondido diciendo que el Gobierno les había prometido hacer las cosas, y no ponerse ahora á discutir las y dilatarlas. Han protestado, por tanto, del nombramiento de la Comisión, y han comenzado una campaña de agitación regional.

Se recordará que los representantes de Cataluña pidieron al Gobierno, en el pasado otoño, adoptase varias medidas de carácter económico. El Gobierno, pronto y bien mandado, se fué á las Cortes con algunos proyectos de ley, y entre ellos, como más urgente y principal, el de establecer zonas neutrales que, aparte de otras cosas, librasen á la industria de pagar derechos arancelarios sobre la maquinaria y materias primas destinadas á producir artículos para la exportación. Pero hubo alarma entre los representantes castellanos, y el Gobierno escapó al nublado parlamentario por el procedimiento turco de prometer todo á todos cuando hay peligro de que armen ruido. Pasaron unos meses. Volvió á coquetear el Sr. Dato con los catalanes y les hizo creer que iba á establecer por decreto bonos de exportación que surtirían efecto parecido al de las zonas neutrales, en lo que á la industria exportadora se refiere. Pasaron otros meses, y el Gobierno nada hacía en resumidas cuentas. Y empezaron á irritarse los fabricantes catalanes. Entonces el Gobierno tuvo la ocurrencia de crear esa Comisión que ahora va á empezar á estudiar para informarle de si conviene ó no conviene tomar una medida que hace meses él pretendía aprobasen sin más ni más las Cortes.

Hasta ahí la historia simplificada del asunto. Pasemos ahora al asunto en sí. Conviene separar en él dos cuestiones: una, la conducta general del Gobierno frente á las serias quejas de los representantes de una importante región industrial afectada por la guerra; otra, la de si sus peticiones concretas benefician ó perjudican á la totalidad de los intereses nacionales.

Respecto al primer punto nadie pretenderá quitar razón á Cataluña. Es la única región española que ha mostrado en estos tiempos calamitosos vitalidad, empuje, deseo de vivir. Los discursos de sus parlamentarios en el Congreso y sus conferencias de los últimos meses en Bar-

celona publicadas por la Lliga Regionalista en el libro titulado «El pensamiento catalán ante el conflicto europeo», son casi los únicos alardes de competencia, modernidad y preparación para tratar problemas con fundamento, que hemos visto aparecer en el horizonte político español desde que la guerra puso á prueba nuestras capacidades nacionales. Eso es preciso reconocer. Y es preciso reconocer al propio tiempo que el Gobierno ha respondido á sus requerimientos con la cazorra picardía que viene empleando para quitarse de encima todas las preocupaciones un poco hondas que puedan ponerle en aprieto. Así, que cuantas agitaciones salgan de Cataluña en sentido de que se abra el Parlamento, y se escuchen sus cuitas económicas, y se discutan sus propuestas paliativas, no tiene por qué dejar de respaldarlas ningún español sensato.

Ahora bien: el otro punto, el de las peticiones concretas, es ya más peliagudo. ¿Qué piden los catalanes? Los catalanes piden fundamentalmente que se ayude á su industria á capear la borrasca europea. ¿Cómo se le puede ayudar? Indican varios medios que podemos agrupar diciendo que unos van encaminados á procurar el desarrollo de la cultura técnica; otros se refieren al crédito; otros á los transportes terrestres y marítimos, y otros son los bonos de exportación ya mencionados. En estos últimos es donde han hecho más hincapié. Es la aspiración que reclaman con más urgencia; y es precisamente la más delicada y aquella en la que menos coinciden los intereses de los fabricantes catalanes con otros intereses, hoy puestos en juego, de otras regiones.

Expliquemos tal contradicción de intereses. Peléanse de continuo en la política económica española dos clases sociales: agrarios y fabricantes. La pelea se traba principalmente en torno al Arancel. Los fabricantes forman el núcleo social que en Cataluña más bulle; los agrarios—propietarios, prestamistas y grandes agricultores—y los mineros, que á esta sazón en una misma clase pueden fundirse, levantan la voz—dejando aparte Vizcaya y alguna otra zona del litoral—por el resto del país. A los que agrarios llamamos les conviene que las primeras materias y los alimentos se paguen á buen precio y, en cambio, estén baratos los productos industriales; á los fabricantes, por el contrario, les interesa vender sus mercancías lo más caro posible, pero que, en cambio, las primeras materias estén baratas y que sus obreros puedan adquirir alimentos en buenas condiciones. Así los agrarios son enemigos de los aranceles que protegen á la industria de la concurrencia extranjera; y á su vez los fabricantes son adversarios